

La primera bellota, y la bebida  
Con las halladas uvas perdió el hielo;  
Y vos, dioses propicios del aldea,  
Venid, faunos, adó mi voz desea.  
Venid, faunos, venid, coro lucido  
De driadas, pues vuestros dones canto;  
Y tú, Neptuno, aquí en el campo herido  
Con el grande tridente, con espanto  
El caballo produjo; y del florido  
Bosque el cultivador, y de otro, canto,  
De novillos pastor tres veces ciento,  
Que pacen de la Cea el grueso asiento.  
Y tú, pastor de ovejas, Pan, dejados  
Tus bosques y tus valles de Liceo,  
Si son de ti tus Ménalos ya armados,  
Vén presto favorable aquí, oh Tegeo;  
Y tú, Minerva, vén, que á los collados,  
La gruesa oliva hallando, diste arreo,  
Y el mozo inventor del corvo arado,  
Y del ciprés entero por cayado.  
Y los dioses y diosas igualmente,  
Cuantos tenéis por obra y por oficio  
La guarda de los campos juntamente;  
Aquellos que con vuestro beneficio  
Las mieses levantaís no sin simiente,  
Y aquellos que enviáis del edificio  
Del cielo, para el bien de los sembrados,  
Largos hilos de lluvia derramados.  
Y finalmente tú, de quien se duda  
A cuál divinidad serás alzado,  
O si de lo terreno, que se muda,  
Querrás y de tu Roma el gran cuidado;  
De arte que colgada de tu ayuda  
La redondez te adore, coronado  
Con el materno mirto frente y sienas,  
Señor del aire y campo y de sus bienes.  
Oh si fueres del mar por Dios tenido,  
Y á tí solo adorare el marinero,  
Y túle lo postrer de lo sabido,  
Y diere por tí Teti el mar entero,  
Por tí para su yerno, ó añadido  
A los meses tardíos por lucero  
En el lugar que está desocupado,  
Entre Virgo y las Celas asentado.  
Que si lo miras, ya para tu asiento  
Los brazos encogió el Escorpio ardiente,  
Y mas de la mitad con miramiento  
Te deja de su silla reluciente.  
Pues, ó te venga desto mas contento,  
O seas el que fueres finalmente  
(Que no te esperará rey del infierno,  
Ni tú desearás tan mal gobierno.  
Aunque el Eliseo campo Grecia admire,  
Y Proserpina huya, demandada  
Volverse con su madre), así que inspire  
En mí tu deidad, apiadada  
Del Labrador, que ignora por dó tire,  
Y da favor á aquesta empresa osada.  
Vén pues, y desde luego acostumbrado  
Aprende como Dios ser invocado.  
En el verano nuevo, cuando el frío  
Humor, en alta sierra desatado,  
Deciende convertido en largo río,  
Y el campo, con el céfiro alentado,  
El seno alloja que cerraba el frío,  
Al punto gima el buey con el arado,  
Hincándolo, y la reja, de gastada,  
Con el arar relumbre como espada.  
A aquella mies sin duda corresponde  
Con lo que siempre el Labrador desea,  
Que en dos tiempos el hielo en sí la esconde,  
Y en dos tiempos el sol la ve y recrea;  
Sus frutos las paneras rompen, donde  
Se encierran. Mas tu estudio y vela sea,  
Antes de abrir con reja el nuevo suelo,  
Las mañas conocer del viento y cielo.  
Los vientos, y los modos diferentes  
Del aire y sus diversas calidades;  
Lo propio de las tierras, las simientes  
Qué huyen ó á quién hacen amistades;  
Que aquí se dan los trigos, las ardientes  
Uvas mejor allí, las variedades

De frutas hallan dicha en otra parte,  
Y lo que sin cultura nace y arte.  
¿No ves por ventura cómo envía  
Cilicia su azafran, el indio fiero  
Nos da el rico marfil, y cómo cria  
Encienso el viciosísimo Sabeo,  
Y los calibes dan hierro, y porfia  
El Ponto el venenoso castoreo,  
Y Epiro en dar las yegñas tiene gloria,  
Que en Elis se aventajan con victoria?  
Que luego en el principio divididas,  
La suya á su lugar naturaleza,  
Aquestas leyes puso establecidas  
Con liga y nudo eterno de firmeza;  
Luego cuando las piedras esparcidas  
Lanzó Deucalion por la grandeza  
Del yermo suelo y tierra espaciosa,  
De do los hombres nacen, dura cosa.  
Así que, como digo, el mes primero  
Del año el fuerte buey con el arado  
Trastorne el fértil suelo, porque quiero  
Que eneza con su ardor el quebrantado  
Terron el seco estío; y si es ligero  
El campo, á la ligera sea tocado;  
Allí porque no ahogue yerba el trigo,  
Aquí porque no espire el jugo amigo.  
También harás que á veces repartido  
Goce el segado campo de reposo,  
Y que por luengo espacio entorpecido  
Con moho se endurezca el perezoso,  
O sembrarás cebada allí, venido  
Su tiempo, de do en vaina sonoro  
O coges el legumbre, ó fué arrancada  
De do por tí la abeja delicada,  
O de donde sacaste del lupino  
Triste la caña flaca vocinglera.  
Mas quema, adonde nace, el campo el lino,  
Y la bañada en sueño dormidera  
Le quema, y las avenas. El continuo  
Uso trocando así, pues se aligera,  
Con tal que sin empacho ni recelo  
Hartes de estiércol grueso el flaco suelo.  
De estiércol y ceniza torpe, inmunda,  
Esparece largo el campo adelgazado,  
Que así y mudando esquilmo se fecunda  
La tierra. Y no es ninguna del no arado  
Suelo la utilidad. A la infecunda  
Haza provecho á veces ha causado  
Quemarla, y que al rastrojo seco asido,  
Corra abrasando el fuego y se estallido.  
O porque así se esfuerza ocultamente  
Y mas se engruesa el campo, ó porque luego  
Quemado, lo vicioso totalmente  
Perece, y suda el daño con el fuego,  
O porque aquel ardor eficazmente  
Descubre mas caminos, y lo ciego  
Relaja de los poros, por do venga  
El jugo á lo sembrado, y lo mantenga.  
O es porque endurece el fuego al suelo,  
Y aprieta mas las venas desatadas,  
A que ni recios soles, ni del cielo  
Las lluvias menudas enviadas,  
Ni el cierzo penetrable, envuelto en hielo,  
Le abraza. Y mas sirve á las aradas  
Quien rompe los terrones descuidados,  
Con puntas y con zarzos arrastrados.  
No mira al que esto hace del dorado  
Cielo la roja Géres sin provecho,  
Ni menos al que al brazo atravesado  
Los lomos que alzó arando en el barbecho  
Los corta de través con el arado.  
Y al sesgo, diligente, y al derecho  
La tierra sin cesar desasosiega,  
Y doma y trae sujeta así la vega.  
Húmedos equinocios, frios, serenos,  
Labradores pedid, que el polvoroso  
Hielo da ricos panes, hace amenos  
Prados, y si presume de abundoso  
El suelo de la Frigia, y sus llenos  
Campos admira el Gárgaro gozoso,  
Desta sazón de tiempo mas le viene  
Que de cuanta cultura y labor tiene.

¿Qué diré del que luego que ha esparcido  
La simiente, prosigue, y de la arena  
Flaca lo amontonado y mal asido  
Deshace, y que despues con larga vena  
Del agua que le sigue, el esparcido  
Campo baña, y lo mesmo cuando pena  
Y hierve el abrasado suelo ardiendo,  
Y sus yerbas, que en él se están muriendo,  
Al punto de la altura recostada  
Abre camino al agua, que cayendo  
Hierve las lisas piedras, y encontrada,  
Ronco mormullo mueve, y tiembla yendo  
La tierra abierta y seca, de abrasada;  
Y del que en yerba el vicio va paciendo  
De las mieses que igualan las aradas,  
Porque despues no se echen de granadas?  
¿Del que el humor, en lagos recogido,  
Con bebedora arena lo destierra?  
El río mayormente si salido  
De madre, y largamente por la tierra  
En los inciertos meses extendido,  
Con cieno, que dejó, la ocupa y cierra,  
Por do las anchas fosas llenas sudan  
Con aguas que estantías no se mudan:  
Y (no's dado que el hombre y buey á una,  
Cultivando la tierra y trabajando,  
Hayan aquesto hecho) no es ninguna  
La ofensa que el mal ansar hace andando,  
Y las grullas de Tracia, y la importuna  
Indivia los sembrados enredando  
Con sus amargas hebras, ni es velleño  
Las sombras á los panes muy pequeño.  
Que el mismo Padre eterno quiso en parte  
No fuese la labranza del barbecho  
Fácil, y fué el primero que con arte  
Los campos menedó, porque de hecho  
El cuidado forzoso fuese parte  
Para aguzar el torpe humano pecho;  
No consintiendo que su monarquía  
Se entorpeciese con pereza fría.  
Porque ante de su reino por ninguno  
El campo ni fué arado ni mollido,  
Ni el señalar con lindes cada uno  
Su parte, ó el dividir fué permitido;  
Servían al comun sin miedo alguno,  
La tierra daba fruto no pedido.  
El ansimismo puso mal veneno  
A las serpientes negras en el seno.  
El les mandó á los lobos que salteen,  
Al mar que se levante, y sacudida  
Quiso que miel las hojas no goteen,  
Y del la luz del fuego fue escondida;  
Los vinos que corrian no se veen,  
Que fué por él su vena reprimida,  
Para que imaginando el uso, hiciese  
Las artes poco á poco, y las puliese.  
Y para que buscarse el trigo arando,  
Y para que del seno el escondido  
Fuego, á los perdenales golpeando,  
Sacase. Allí primero fué sentido  
El barco de los rios, y allí cuando  
Redujo á cierta suma, y su apellido  
Compuso á cada estrella el marinero,  
Osas, Virgillias, Híadas, Lucero.  
Y entonces se inventó el cazar las fieras  
Con lazos y con ligas engañosas,  
El enredar las aves, y las fieras  
Selvas cercar con canes. Las undosas  
Mares con redes largas, barrederas,  
El uno escudriñaba y con fudosas  
Mangas, el otro, hiriendo á su albedrío,  
El hondo penetró del ancho río.  
Y entonces el rigor del hierro vino,  
Y fué la cortadora sierra hallada,  
Que á fuerza de las cuñas cortó el pino,  
Fácil para él hender la edad dorada.  
Nacieron muchas artes; que el continuo  
Trabajo pertinaz y la apretada  
Falta, que en lo preciso no reposa,  
Todo lo sobrepuja poderosa.  
Céreslos enseñó á romper la tierra  
Con hierro, cuando ya casi faltaba

Bellota en el sagrado monte y sierra,  
Y la comida Epiro nos negaba;  
Mas luego al pan le vino nueva guerra,  
La nubla danadora, que gastaba  
La espiga, y el baldio y desechado  
Cardo, que se erizaba en el sembrado.  
Ahógañe las mieses, sube y crece  
Selva desagradable, abrojo, espina,  
Y en lo que cultivado resplandece  
Reina la grama inútil, la maligna  
Avena; y si tu mano desfallece  
En perseguir con rastro á la continua  
Al campo, y si no espantas con ruido  
Las aves, ó con honda y estallido;  
Si no estrechares tú con podadera  
Las sombras del umbroso y negro suelo,  
Si en el otoño y en la primavera  
Con votos no pidieres agua al cielo,  
En vano ¡ay! los montones de la era  
Ajena mirarás, y tu consuelo,  
Con que consolarás tu merecida  
Hambre, será la encina sacudida.  
También nos convendrá que dicho quede  
Qué armas ha de usar el esforzado  
Rústico, sin las cuales no se puede  
Sembrar ni mejorar lo ya sembrado.  
La reja es lo primero, y le sucede  
El roble del muy grande y corvo arado,  
La carreta de Géres Eleusina,  
Que despacio volviéndose camina.  
Los trillos, las rastreras, los pesados  
Rastros desigualmente, los tejidos  
Gestos, alhajas viles, los trabados  
Zarzos de rama y mimbre, los debidos  
Harneros al dios Baco, que ajustados  
Con acuerdo tendrás y apercebidos  
De antes todos estos, si la amada  
Gloria del fértil campo te es guardada.  
Con tiempo allá en la selva retorcido  
Con fuerza valentísima es domado  
El olmo para cama, y costreñido  
Recibe forma en sí de corvo arado;  
De allí por ocho piés sale extendido  
Derecho así el timon, y cada lado  
Su oreja y su dental, y de antemano  
Se corte al yugo el tejo bien liviano.  
El tejo y la alta haya, y juntamente  
La esteva se apareje, que plantada  
Detrás en el arado, prestamente  
Vuelva las bajas ruedas; y colgada  
La leña dura en el hogar caliente,  
Allí será del humo examinada.  
Y puédote decir otras mil cosas,  
Que los ancianos mandan, provechosas.  
Mil cosas, si te place estar atento,  
Y tan menuda cuenta no es penosa.  
La era, lo primero, de cimiento  
Trastórnala, y con greda pegajosa  
Macízala despues, y desde el centro  
Por toda alrededor con poderosa  
Y bien rolliza piedra así rodando,  
Lo desigual del suelo irás quitando.  
Porque no nazcan yerbas, ni hendidá,  
El polvo en ella reine, ocasionada  
A ser de mil trabajos ofendida;  
Que á veces hace en ella su morada,  
Y su troje el raton, y su manida  
El topo ciego pone allí cavada,  
Y el sapo allí se halla cada día,  
Y cuanta sabandija el suelo cria;  
Y á veces el gorgojo atala y gasta  
Grande monton de trigo, y la hormiga  
Ensila mucho mas de lo que basta,  
Tendiendo la vejez pobre y mendiga;  
Que si tu diligencia no contrasta  
Mil daños amenazan á la espiga;  
Y atenderás también, si te es gustoso,  
Adivinar lo estéril, lo abundoso.  
Atiende cuando en flor la almendrera  
Se viste por el campo, y de florida  
Las ramas encorvare; la panera,  
Si el fruto viene á colmo, enriquecida



Será por un igual, y grande era  
Verás con gran calor; mas si caída  
La flor se fuere en hoja, muy enaguadas  
Espigas trillarás y mal granadas.

Y visto he yo que muchos sembradores  
Los granos medicinan, y primero  
Con alpechin los bañan, con licores  
Otros, para que el fruto mas entero  
Hinchá la falsa vaina, y los ardores  
Del fuego, aunque pequeño, mas ligero  
Los cuezan y enmollezcan, y aun he vido  
El trigo desdeñir muy escogido.

He visto que despues de gran cuidado  
Desdice poco á poco, si el humano  
Velar en cada un año lo granado  
No escoge y lo mejor con propia mano;  
Que así por ley en todo la criado  
Descae y vuelve atrás el ser liviano,  
Y viénesse empeorando de continuo  
A estado menos bueno y menos dino.

No de otra forma y modo que acontece  
Al que con remo y fuerza apenas lleva  
El barco la agua arriba, si enflaquece  
Y si de cuanto puede no hace prueba,  
Si acaso el brazo alfoja y desfallece,  
Y la raudal corriente se le lleva  
Al punto en pos de sí arrebatado,  
Y como cuesta abajo despeñado.

Y allende desto, importa el tener cuenta  
(Tanto á nosotros como al marinero  
Que el Ponto y que el estrecho ávido tienta,  
Llevado por el mar ventoso y fiero  
Al patrio y dulce nido, donde asienta)  
Con el Areturo y con el Carretero,  
Sus cabras y su día, y juntamente  
Con la culebra austral resplandeciente.

Cuando la Libra iguales horas diere  
Al sueño y á la vela, y justamente  
La redondez por medio dividiere  
Entre la noche y luz, el buey valiente  
Traed á la melena, y por do fuere  
Con mano, oh labradores, diligente  
Esparced las cebadas hasta cuando  
Lo crudo del invierno venga helado.

Y por el mesmo modo es apropiado  
Tiempo para entregar el lino al suelo,  
Y de la dormidera el delicado  
Grano á la santa Ceres sin recelo,  
Cuando está seco el campo, y el nublado  
Alto y suspenso se anda por el cielo;  
Mas de habas es la sementera  
Cuando aparece ya la primavera.

Y á ti tambien, alfalfa, los llovidos  
Sulcos te acogerán bien en su seno,  
Y al mijo en cada un año sus debidos  
Cuidados sazón viene y tiempo bueno,  
Cuando ya el blanco toro con lucidos  
Cuernos del año bueno y del sereno  
Aire la puerta abriendo, y se pusiere  
El Can contraria estrella, y le cediere.

Empero si labrares para el trigo  
Las tierras, ó si para las cebadas,  
Y fueres de los panes solo amigo,  
Primero se te escondan las llamadas  
Virgalias, y primero (como digo)  
Se asconda la corona, que entregadas  
Al sulco las simientes le confies,  
Y al suelo sin sazón tu año lies.

Que muchos comenzaron no caída  
La maya, mas al fin la espiga vana  
Burló sus esperanzas. Si esparcida  
La arbeja ó vil faselo, y la gitana  
Lenteja fuere en precio de ti habida,  
Su tiempo te dirá y su sazón sana  
Sus rayos el Bootes cobijando;  
Comienza, y llega al hielo así sembrando.

Que por aqueste fin del sol dorado  
La redondez del cielo dividida,  
Con número medido y limitado  
Por doce claros signos es regida  
Y en cinco zonas todo está cortado;  
La una de las cuales encendida

La tiene de continuo el sol presente,  
Y el fuego que la tuesta eternamente.

De aquesta al rededor las dos postreras  
Por la siniestra y por la diestra mano  
Se extienden verde y negras con las fieras  
Lluvias, con el rigor del hielo insano;  
Y entre esta y la media van dos veras,  
Dadas por don al hombre soberano,  
Y en ambas al través hecho el camino  
Por do los signos andan de continuo.

Que cuanto se levanta el cielo alzado  
Encima los alcázares rifeos,  
Tanto se va sumiendo, y recostado  
Hacia el Abrego y Libia y los guineos.  
Aqueste quicio vemos ensalzado;  
Debajo de los piés aquel los feos  
Y hondos infernales; el Cerbero  
Le ve, y del negro lago el mal barquero.

Aquí va dando vueltas la serpiente  
Grandísima, á manera de un gran río,  
Por entre las dos osas reluciente:  
Las osas, que en la mar nunca el pié frío  
Lanzaron; mas allí continamente  
Que es calma dicen todo y estantio,  
En noche profundísima espesando  
Lo oscuro las tinieblas, y engrosando.

O dicen que la aurora despedida  
De aquí los lleva el día, y al momento  
Que torua á descubrirsenos nacida,  
Y que de sus caballos el aliento  
Nos toca, de la tarde la lucida  
Estrella allí con presto movimiento  
Sus luces les enciende, por manera  
Que el cielo nos enseña verdadera.

Enseña que nos dice sin engaño  
Del aire las mudanzas revoltoso,  
La mies, la sementera, y cuando el año  
Concede dar el remo al mar undoso;  
Cuando se puede al agua echar sin daño  
La nave, y cuando el pino poderoso  
Con su sazón debida viene á tierra,  
Cortado en la fragosa y alta sierra.

Así que, no es sin fruto tener cuenta  
En ver si nace el signo, si se pone,  
Y el año que con una y justa cuenta  
De cuatro tiempos varios se compone.  
Si fuere que la lluvia no consienta  
Salir al labrador, no se perdona  
De hacer mil cosas, que la nube huida,  
Conviene y se hacen de corrida.

Que el labrador la reja allí embotada  
Afila de su espacio, y cava el leño  
En barco, ó si le place, á su manada  
Almagra, y el monton grande ó pequeño  
A cuenta le reduce, es aguzada  
La horca de dos puntas, alza el dueño  
El roto valladar, allí se apresta  
Lo que la vid caediza tiene enhiesta.

Entonces con los mimbres es tejido  
El fácil canastillo, tuesta el fuego  
Entonces las espigas, y es molido  
El grano con la piedra; y al sosiego  
Santo el hacer tambien le es permitido  
Por ley algunas obras, porque el riego  
No hay fiesta que lo vede, ni es vedado  
Cercar con valladares el sembrado.

Ni menos el armar al ave engaño,  
Ni el encender los cardos, ni el roñoso  
Ganado cabriller en fresco baño;  
Y á veces sobrepone al espacioso  
Asnillo el labrador, conforme al año,  
Aceite ó vil manzana, y va, y gozoso  
Lo torna del mercado á su morada  
Con pez ó cualquier piedra aderezada.

Y para el trabajar tambien la luna  
A días es feliz en su carrera.  
Huye su quinta luz, en quien á una  
Tesifone nacieron y Meguera,  
Y el Orco verdinegro y la laguna,  
Y en tal día la tierra lanzó afuera  
Con parto abominable á Tifeo,  
A Japeto, Porfiria, Reto, Coeo.

En tal produjo infelicemente  
A todos los hermanos conjurados  
De dar asalto al cielo osadamente.  
Tres veces procuraron levantados  
Sobreponer al Pelio el eminente  
Osa y Olimpo, y fueron derrocados.  
Tres veces con el rayo soberano  
Los montes, que el furor alzaba en vano.

Empero es felicísimo el sereno  
Que al décimo sucede, en poner vides.  
En el domar los bueyes, y es muy bueno  
Para tejer lo urdido; y si partides  
De vuestra casa, el propio es el noveno,  
Aunque es malo á los hurtos y á sus lides,  
Y á cosas es mejor la noche fría,  
O cuando al alba el suelo se rocía.

De noche muy mejor la paja leve,  
De noche mejor mucho el seco prado  
Se corta, que á las noches se les debe  
Un correo humor; y desvelado  
A los candiles largos del sol breve,  
Con hierro aguza alguno delicado  
La tea, y su mujer, que tambien vela,  
Corre la lanzadera por la tela.

Corre por el telar, y engaña el duro  
Y luengo trabajar así cantando,  
O cuece el dulce mosto al fuego puro,  
El cobre hirviente á tiempos espumando.  
Mas el estío al trigo ya maduro  
La hoz aguda aplica, y volteando  
En la espaciosa era, son trilladas  
Las mieses, del calor del sol tostadas.

Ara cuando se puede arar desnudo,  
Y siembra por el mesmo modo y arte,  
Que el tiempo del invierno es como uudo  
Que ata al labrador la mano y arte;  
Que cuando reina el frío y hielo crudo,  
Los labradores por la mayor parte  
Gozan de lo allegado, y juntamente  
A veces se convidan dulcemente.

Convidalos á ello el tiempo helado,  
Hecho para el regalo, y que del pecho  
Desata las congajas y cuidado;  
Como cuando con viento al fin derecho  
Entran en el puerto dulce y deseado,  
Cargados los navios de provecho,  
Alegres, con laurel los marineros  
Coronan á los árboles veleros.

Bien tal que es propio á la cosecha  
Del robble y laurel y verde oliva  
Y del sangriento mirto, y que aprovecha  
Para enredar la grulla fugitiva,  
Para poner el ciervo en red estrecha,  
Seguir la liebre, herir la corza esquiva  
Con honda que estallide, en cuanto al suelo  
La nieve cubre, al río enfrena el hielo.

¿Qué diré del otoño y su mudanza,  
Ya cuando van los días de corrida,  
Lo que se ha de velar en la labranza;  
Y cuando va el verano de vencida,  
Y cuando por los campos la mies lanza,  
Y eriza sus espigas conmovida,  
Y en las cañas los granos, ya cuajados  
De leche, se demuestran muy hinchados?

Que he visto yo en la misma siega, y cuando  
Llamaba el labrador los segadores,  
De mil contrarios vientos, batallando,  
Venir las guerras todas y furoras,  
Que de raíz las mieses arrancando  
Enteras, por los aires voladores  
Subieron, y llevó la caña el grano,  
Envuelta en torbellino, el soplo insano.

Y viene muchas veces desde el cielo  
De agua innumerable un golpe fiero,  
Y las nubes derraman sobre el suelo  
(Que el ciervo amontonara) un mar entero;  
Húndese el alto cielo, y lo que al hielo  
Y al sol labrara el buey, el aguacero  
Lo anega, y quedan llenos los fosados;  
Los ríos resonando van hinchados.

Crecen los hondos ríos, todo el llano  
Con olas hervorosas bulle, y luego

Del nublito tenebroso la alta mano  
Lanza tronando rayos hechos fuego,  
Con que la tierra tiembla, con que en vano  
Las alimañas huyen, con que el ciego  
Y abatido pavor generalmente  
Los ánimos humilla de la gente.

Mas él con tiro ardiente, fervoroso,  
O las Ceraunias puntas encumbradas,  
O el Ródope ó el Ato montuoso  
Derrueca, y luego al punto desplegadas  
Sus alas, se redobla furioso  
El Abrego, y la lluvia (desatadas  
Las nubes) espesísima, al crecido  
Viento la playa y bosques dan bramido.

Pues con recelo desto pon cuidado  
En advertir los meses, las estrellas,  
Los signos do se asconde el viejo helado,  
Y adó el Cilenio esparce sus centellas.  
Mas sobre todo, da lo situado  
A las diosas y á Ceres, grande entre ellas,  
A quien festejarás con larga mano,  
Fenecido el invierno, en el verano.

En las primeras yerbas santo ofrece,  
Cuando se viste el campo de hermosura.  
Entonces el cordero es gordo y crece,  
Al sueño baña entonces la dulzura,  
Entonces ya cocido se enmollece  
El vino, y de la sombra la espesura  
Entonces es agradable en la monaña,  
Entonces pues tu rústica campaña.

Adore pues á Ceres lo aldeano,  
Y tú el panal le mezcla y leche y vino,  
Y la dichosa hostia vaya á mano  
Tres veces de las mieses el camino;  
La gente le acompañe y coro ufano,  
Y llame á sí con voces de continuo  
A Ceres, y ninguno sea osado  
La hoz meter primero en lo sembrado.

La hoz en las espigas, si primero  
De encina coronado no dijere  
A Ceres su cantar, y placentero  
Con saltos descompuestos la sirviere.  
Y porque con indicio verdadero  
Podamos conocer lo que viniere,  
Las lluvias, los calores, los estios,  
Los vientos, que producen hielo y frios,

El cielo estatuyó lo que la luna  
Nos dice, que por meses se renueva,  
Que signo aplica el viento, y lo que una  
Y muchas veces visto, es cierta prueba  
Para que el labrador por ley ninguna  
De la cabaña lueñe al hato nueva,  
Mas junto al derredor de su morada  
Apaste receloso su manada.

Que yendo ya los vientos á alterarse,  
Las costas de los mares conmovidos  
Comienzan enojadas á hincharse,  
Y se oyen por las sierras estallidos;  
Resuenan las riberas, que turbarse  
Empiezan, ó se espesan los ruidos  
Del bosque y sus marmullos de hora en hora,  
Indicios de la fuerza movedora.

Y apenas ya las olas se contienen  
De hacer á los navios guerra fiera,  
Cuando del mar sus cuervos prestos vienen,  
Trayendo vocería, á la ribera;  
Y cuando las cercetas se detienen  
Y espacian por lo seco y la junquera,  
Y los sabidos lagos olvidando,  
La garza sobre el nublito va volando.

Y vemos muchas veces los cometas,  
Si vientos se aparejan, derrocarse  
Del cielo, y de sus llamas luengas vetas,  
En pos de sí luciendo, señalarse  
Por las oscuras noches y secretas;  
Y muchas revolando levantarse  
Las pajas y las hojas ya caídas,  
Y plumas sobre el agua andar movidas.

Mas si fulmina de do el ciervo aspira,  
Si truena donde el Euro vive y mora,  
Cuanto del prado y campo el cielo mira,  
Anda nadando todo en breve hora,



Y todo marinero en la mar tira  
Las velas hechas agua, y las mejora;  
Mas nunca por faltarles el aviso  
La lluvia ofende al hombre de improviso;  
Porque ó la grulla luego, alzando el vuelo,  
Como el vapor del valle se levanta,  
Le huye, ó la becerra, vuelta al cielo,  
Atrae el aire á sí, ó suena y canta  
La rana en el charcal su antiguo duelo,  
O vuela, y no se cansa ni quebranta  
De andar cercando el lago á la continua,  
Mil veces la parlera go'ondriua.

.....  
Tambien del mar mil aves diferentes,  
Y las que en torno de los asios prados  
Los lagos escudriñan diligentes,  
Los lagos del Caistro no salados,  
Verás cómo á porfia hombros, frentes  
Se espacren y rocian, y en los vados  
Ya corren, ya se sumen, y así en vano  
Se estudian de bañar con juego ufano.

Y la sagaz corneja tambien llama  
La lluvia con voz llena, y se pasea  
A solas por la arena y por la llama  
Del sucio y vil candil, si centellea;  
Las siervas, que mandadas de su ama,  
Velan de noche y hilan su tarea,  
Conocen el llover, porque producen  
Las mechas unos hongos que relucen.

Y puedes con señales no menores,  
Llovido, colegir lo raso y puro;  
Que ni en los celestiales respaldores  
Se muestra la luz bota, el rayo oscuro,  
Ni menos en la luna los tenores  
Que sigue de su hermano rojo y puro,  
Ni andan por el aire derramadas  
Como unas lanas blancas y delgadas.

Ni menos en el sol las alas tienden  
Los halcones, de la Tetis amados;  
No los lechones con la boca entienden  
En derramar los haces desatados;  
Mas antes á los valles se descieniendo,  
Y en ellos se ruecuan rellanados  
Los húmidos vapores, y en el techo  
Apenas abre la lechuzca el pecho,  
Apenas viendo que es el sol ya ido,  
Canta; y el esmerejon se ve ensalzado,  
Altísimo en el aire, y su debido  
Paga por el cabello colorado.  
La ciris, que adó quiera que del nido  
Cortando por el cielo va delgado,  
La sigue el enemigo crudo y fiero  
Con grande estruendo y con volar ligero.

Siguela el esmerejon por donde quiera,  
Y ella de la parte do él se avia,  
Con ala el aire liquido, ligera  
Huyendo, va cortando, y se desvia;  
Y sus voces los cuervos ó tercera  
O cuarta vez repiten á porfia,  
Y á veces en los árboles alzados,  
No sé con qué dulzura alborozados,  
Alegres mas que suelen travesear  
Consigno y con las hojas con ruido,  
Y cuando ya las lluvias no gotean  
Gustan de reveer su dulce nido  
Y sus pequeños hijos. No que sean  
Por esto mas divinos en sentido,  
Ni, cuanto á lo que creo, que por hado  
Mas cierto ó mas discurso les sea dado;

Sino que cuando el tiempo variable  
Y el movedido humor su senda altera,  
Y el ábrego con soplo deleznable  
Lo raro espesa, alfoja lo que fuera  
Espeso, luego aviene que lo inestable  
Del ánimo se trueca en su manera,  
Y siente agora el pecho un movimiento,  
Y otro si conduce lluvia el viento.  
De aqui vienen aquellos acordados  
Cantos que dan las aves gorjeando,  
El juego y el placer de los ganados,  
Los cuervos con los cuellos pompeando.

Mas si los soles miras precurados,  
Las lunas que los siguen rodeando,  
Ni el dia venidero hará engaño,  
Ni la serena noche burla y daño.

La luna en el principio, que su puro  
Ardor, que se le torna, va cogiendo,  
Si con oscuro cuerno el aire oscuro  
Cercare, en sí gran lluvia aperciendo,  
Se va contra la mar y suelo duro;  
Mas si se colorare apareciendo,  
Es viento, porque al viento la dorada  
Luna se pone siempre colorada.

Mas si en su cuarta luz (que siempre ha sido  
Pronóstico la cuarta verdadero)  
Con afilado cuerno y con lucido  
Saliere, y aquel dia todo entero,  
Y los demás por todo el mes cumplido  
Sin vientos luciran, y el marinero  
Dará sus votos salvo en la ribera  
A Glauco, á Panopo ó Melicera.

Y el sol, ó cuando sale ó cuando encierra  
Sus rayos en las ondas, da señales;  
Y el sol en sus señales nunca yerra,  
O salga por las puertas orientales,  
O láncese debajo de la tierra  
Y suba á las estrellas celestiales;  
Que lo que señalare el sol divino  
Certísimo sucede de continuo.

Que si cuando en oriente se mostrare  
Con manchas esparciere su salida,  
Y nube en la mitad de sí encerrare,  
Si media redondez así escondida;  
No dudes de la lluvia si tardare,  
Que ya de golpe viene y de corrida  
El Noto despenándose furioso,  
A hatos, mieses y árboles dañoso.

Y si por entre el nubo espeso opuesto,  
Por partes diferentes descubriere,  
Nacido el sol, sus rayos, ó con gesto  
La aurora destucida apareciere,  
Del lecho de Titon, de flor compuesto,  
La hoja podrá mucho, si pudiere  
Las uvas defender, segun saltando  
Con el granizo, el techo irá sonando.

Y aun es mas de provecho el tener cuenta  
Con cuando el sol, pasada su carrera,  
Se parte ya del cielo, que presenta  
Entonces cada vez de su manera  
Su rostro, como vemos; que si alienta  
La lluvia, es verdinegro, si la fiero  
Pujanza de los enros, tiene luego  
Su rostro de color de sangre y fuego.  
Y si del claro rostro el ardor puro  
Con manchas á mezclarse comenzare,  
Verás en un momento el aire oscuro  
Hervir en lluvia y viento; y si cerrare  
La noche, no será nadie tan duro,  
Serálo el que en tal noche me rogare  
Correr por la mar alta, puesta en guerra,  
Desamarrar la nave de la tierra.

Mas si, y cuando el dia el sol conduce,  
Y cuando nos asconde el que ha traído,  
Su redondez entera y pura luce,  
En vano el nubo entonces habrás temido;  
Del cierzo, que á pureza le reduce,  
Verás la selva y monte ser movido.  
Da el sol ciertas señales finalmente  
De todo lo que al campo es conveniente.

El te dirá lo que la luz tardia  
La estrella de la tarde te acarrea;  
El te dirá qué piensa el Mediodia,  
El húmido Africano, que desea  
Las nubes, de dó el viento, y dónde guia  
El hace que se entienda y que se vea;  
Que ¿quién será tan tonto y tan osado,  
Que diga que el sol burla y que es burlado?  
Tambien el sol avisa á la continua  
Los ciegos movimientos que se ordenan,  
Las guerras que se emprenden, y adivina  
Las fraudes que en secreto se encadenan.  
Del César en la muerte el mismo, indina,  
Por quien así los hados nos condenan,

Cubrió su luz; temieron los malvados  
Siglos en noche eterna ser dejados.  
Aunque tambien entonces, y las tierras  
Y los tendidos mares señas dieron,  
Las aves importunas y las perras,  
Al Etna muchas veces todos vieron  
Hervir y rebosar por campo y verbas,  
Rompidas las hornazas que tuvieron  
Los Ciclopes, y en bolas hecho el fuego  
Lanzar, y piedras hechas polvo luego.

Sonó por todo el aire en Alemania  
De armas temeroso y gran sonido,  
Tembló mas de lo usado la montana  
De los fragosos Alpes, y fué oído  
En los callados bosques son de extraña  
Figura, y ya de noche escurecido  
Fantasmas fueron vistas, matizadas  
Con formas y colores nunca usadas.

Hablaron los salvajes animales  
Lo que no es de decir, el curso el río  
Detuvo, abrióse el suelo en los umbrales  
Sagrados, sudó el bronce, lloró el frío  
Marfil, y el Po, venciendo sus canales  
Con avenida enorme y desvario,  
Las selvas trastornaba, y del egido  
Las chozas y el ganado lleva asido.

Y siempre en aquel tiempo se hallaron  
Señales de amenaza en la asadura  
Que abría el sacrificio, y no cesaron  
Los pozos de manar en sangre pura,  
Ni las ciudades grandes se excusaron  
De oír auillar los lobos por la oscura  
Noche, ni en luz serena el cielo y clara  
Tantos rayos jamás de sí alcanzara.

Ni tantas veces nunca se encendieron  
Los aires con cometas. Y así avino  
Que vieron otra vez, los campos vieron  
Filipos los romanos, que sin tino  
Escuadras contra escuadras concuerrieron;  
Ni tuvo el crudo cielo por indino  
Que Ematia, por dos veces ¡ay! bañada

Con nuestra sangre, fuese así engrosada.  
Será que en algun tiempo trastornando  
La tierra el labrador con corvo arado,  
Los hierros de los dardos irá ballando,  
El hierro del orin casi gastado;  
Y en los vacíos yelmos arrastrando  
Encontrará con el ligon pesado,  
Y rotos los sepulcros allí espesos,  
Con pasmo mirará los grandes huesos.

Dioses, de nuestra patria propio amparo,  
Dioses, que traspasastes della al cielo,  
Y tú, Remo, y tu, Vesta, á quien es caro  
El Tibre turbio y el romano suelo,  
Que al menos este mozo alto y raro  
Socorra aqueste siglo envuelto en duelo.  
No os pese, que ya asaz con muertes duras  
Pagamos las troyanas falsas juras.

Que veo que ya el cielo soberano  
De tí nos tiene envidia, y se lamenta  
Que mas te ocupes. César, con lo humano,  
Do en fuero ó desafuero ya no hay cuenta,  
Do hierve con guerras todo, do el insano  
Furor en tantas formas representa,  
La esteva no se precia, los sembrados  
Se yerman, de cultores despojados.

Llevados los obreros, se ensilvecen,  
Las hoces se transforman en espadas,  
Los partos de una parte se embravecen,  
De otra las Germanias alteradas;  
Los pueblos que vecinos mas parecen,  
Guerrean, ya sus ligas quebrantadas;  
Esparce por do quiera el Marte crudo  
Lo fiero, lo sangriento, lo sañudo.

Como cuando del puesto libre extiende  
El paso por el campo la cuadrega,  
Y cuanto se adelanta, mas se enciende,  
Y del correr las alas mas desplega;  
Y en balde el cuadreguero tira y tiende  
Las riendas. ó le plega ó no le plega,  
Llevado de los potros de las ruedas,  
Que sordas á los frenos, no están quedas.

## LIBRO TERCERO.

En esta postrera parte van las canciones sagradas, en las cuales procuré, cuanto pude, imitar la sencillez de su fuente y un sabor de antigüedad que en sí tienen, lleno á mi parecer de dulzura y de majestad. Y nadie debe tener por nuevos ó por ajenos de la Sagrada Escritura los versos, porque antes le son muy propios, y tan antiguos, que desde el principio de la Iglesia hasta hoy los han usado en ella muchos hombres grandes en letras y en santidad, que nombrara aquí si no temiera ser muy prolijo. Y pluguiese á Dios que reinase esta sola poesia en nuestros oídos, y que solo este cantar nos fuese dulce, y que en las calles y en las plazas de noche no sonasen otros cantares, y que en esto soltase la lengua el niño, y la doncella recogida se solazase con esto, y el oficial que trabaja aliviase su trabajo aquí. Mas ha llegado la perdición del nombre cristiano á tanta desvergüenza y soltura, que hacemos música de nuestros vicios, y no contentos con lo secreto dellos, cantamos con voces alegres nuestra confusion. Pero esto ni es mio ni deste lugar.

SALMO PRIMERO.—*Beatus vtr.*

Es bienaventurado  
Varon el que en concilio malicioso  
No anduvo descuidado,  
Ni el paso perezoso  
Detuvo del camino peligroso,  
Y huye de la silla  
De los que mofan la virtud y al bueno,  
Y juntos en gavilla,  
Arrojan el veneno,  
Que anda recogido en lengua y seno;

Mas en la ley divina  
Pone su voluntad, su pensamiento,  
El dia cuando se inclina,  
Y el claro movimiento,  
Lo oscuro de la noche en ella atento.  
Será cual verde planta,  
Que á las corrientes aguas asentada,  
Al cielo se levanta  
Con fruta sazónada,  
De hermosas hojas siempre coronada.  
Será en todo dichoso,  
Seguro de la suerte, que se muda,